



CAMILLO MARKS

Hace poco más de un año, Poli Díaz Eterovic, en estas páginas, que Ramón Díaz Eterovic no tiene la misma popularidad que otros autores de su generación y estaba en lo cierto, pues este escritor poco tenía o más talento, habilidad narrativa y sensibilidad literaria que la que muestran unos cuantos aspirantes a literatos que se dedican más a figurar que a crear.

Lo que pasa es que Díaz Eterovic no se hace mucha propaganda, no participa demasiado en actividades sociales —a pesar de haber sido el más joven y uno de los más eficientes periodistas de la década—, se bastante más modesto que la mayoría de sus contemporáneos y no aparece ni por casualidad en la abrumadora caja de correo llamada televisión, que constituye el único sustento cultural del 90 por ciento de los chilenos.

Su falta de reconocimiento público es, entonces, claramente explicable, ya que los escritores nacidos en el noventa son controlados por la terrible tiranía imperante, pero como la popularidad tiene, hoy en día,

plazos de duración que van desde un par de horas hasta unos pocos meses, no hay motivos serios como para preocuparse.

No lo hay porque este joven poeta, prolífico cuentista y novelista ha publicado cuatro volúmenes de relatos que contienen algunas de las mejores narraciones breves nacionales de la última década y es el único escritor chileno que ha desarrollado de forma metódica y persistente uno de los más fascinantes géneros literarios contemporáneos: la novela policial. El descomulgado, bormachis, solitario y fiero detective privado Heredia comenzó sus aventuras en *La ciudad está fría* (1987), las prosiguió con *Solo en la oscuridad* (1992) y ha logrado una valiosa y necesaria madurez con su última investigación, contada en *Nadie sabe más que los muertos* (1993).

Heredia resurge

Es muy poco lo que se puede anticipar de una novela policial para que ésta no pierda su esencia suspensiva, de modo que diremos solamente que, esta vez, Heredia se ve enfrentado a una indagación relacionada con los más temidos

que al comienzo ayuda a Heredia en sus pesquisas, pero pronto corre con colores propios. Siervén, el viejo gato que hace compañía al investigador en el crimen, es un personaje que parece comprenderlo, a parte de Anselmo, un ex jefe de la policía que ahora es el dueño del local de la esquina y una vasta galería de personajes secundarios que incluye desde un lapidario abogado de la Vicaría de la Solidaridad hasta ex ladrones, coqueiros, actores, músicos, rufianes y próceres empresariales con ocultos pecados.

Ya conocíamos el mundo de Heredia, perfeccionado en esta novela. En él, de los lugareños, chicheños, boliches malintencionados y paisajes urbanos deteriorados, siempre atractivos, que otorgan una atmósfera oscura y extremadamente vital a la novela. Llegan sus historias durante unos minutos, evagando de esas personas que se arremolinaban frente a las vitrinas, y dicen que llegara pronto el fin de semana para que el barrio recuperara su aspecto de perro cansado. Sólo así nos gustaban sus cuentos, sus edificios matutinos y esa insidiosa sensación que adquirían las tardes con sus cortinas cerradas o "Entonces se puso a

Un antihéroe nativo

El talento de Díaz Eterovic consiste en una recreación urbana notable y en otorgar verosimilitud literaria y policial a un tema que sistemáticamente ha sido mal tratado o eludido por la literatura nacional y que, incuestionablemente, es el tema moral más gravitante en la historia de nuestro país: el de los detenidos desaparecidos.



secreción reciente de este país. Dos crímenes aparentemente inocuos —el asesinato de un dirigente sindical y el secuestro de una pareja a manos de la DINA— tienen mucho más en común de lo que parecen y el juez Cuevas, contra su voluntad, debe recurrir a Heredia para aclararlos. El detective se las encuéstre del momento en que lo dejó Andrés, ex

casual en la dirección que le indicó, una fuente de soda de reviente, donde las certeras siempre estaban tibias y los ruidos aludidos en los límites de la horrachera perpetua" son apenas un par de ejemplos del clima moral y físico en que vive Heredia.

Este último está cada vez más descrito, único y reconocido en una solitaria desesperación ("La vida es un teatro que al primer signo de alegría nos patea el peligro"), pero siempre habrá una causa perdida, irremediablemente humana, que lo hará actuar.

Nueva victoria de Heredia

El talento de Díaz Eterovic —y, en este caso, uno extraordinario— consiste, en primer lugar, en una recreación urbana notable y, en segundo, en otorgar verosimilitud literaria y policial a un tema que sistemáticamente ha sido mal tratado o eludido por la literatura nacional y que, incuestionablemente, es el tema moral más gravitante en la historia de nuestro país: el de los detenidos desaparecidos. Con soltura, sin remilgos ni consideracio-

nes edificantes, Heredia se mueve como pez en el agua en torno a este típico y otros más genuinos: "Esa justicia atrevida de formularnos en la que no creía, que se negaba a si misma en cada nuevo amanecer desde el momento en que se había prestado para bascular".

Pero la búsqueda de los asesinos del animalista, que pueden también ser los secuestradores de la pareja desaparecida, se convierte en una frenética persecución contra el tiempo y contra la muerte y esta vez cubre tantos las reflexiones sobre el crimen porqué se trata, además, de un viaje de auto descubrimiento: "La calma fue breve y dio paso a una aversión serena de odio, real o imaginario, que aglutinó el espacio y me hacía sentir el seco gusto del miedo".

En esta aventura poblada de hurtos y asesinatos cruentos y donde todos engañan a todos, Heredia tiene que sufrir mucho, aunque queden muchas preguntas en el camino y la percepción final sea la de la misma desesperanza de siempre, con el vago trazo de fondo de las elucubraciones penales de un juez.

Díaz Eterovic ha leído muchísima literatura policial y sus inclinaciones seguramente tienden hacia las novelas negras de Hammett y Chandler y el primer socio-policial de Simón. Pero no ha de creerse que los relatos del chileno son imitaciones o transposiciones de modelos de afuera a nuestro medio. Muy por el contrario, *Nadie sabe más que los muertos* demuestra a cabalidad la validez de una forma literaria en otras circunstancias históricas, geográficas y culturales cuando ésta se ha bien aplicada y aprovechada como en este caso.

Por eso, se encuan algunas implausibilidades menores (como la de un militante en visita encargando gestiones a un detective privado o la carencia de naturalidad de algunos diálogos) y se desea que la novela o la depresión no hagan presa de Heredia para que pronto vuelva a la carga. Porque la verdad es que tiene cuerda para rato.



Nadie sabe más que los muertos. Ramón Díaz Eterovic, Editorial Planeta, Biblioteca del Meridión, Santiago 1993. 200 páginas.

AUTORÍA

Marks, Camilo, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un antihéroe nativo [artículo] Camilo Marks. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile